



DIOCESE OF PATERSON

Diocesan Center
777 Valley Road
Clifton, New Jersey 07013

Office of
THE BISHOP

(973) 777-8818 Fax (973) 777-8976

CARTA PASTORAL, CUARESMA 2017

BARTIMEO Y EL CAMINO DEL DISCIPULADO

A todos los fieles, laicos, religiosos y el clero:

Gracia a ustedes y paz de parte de nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

(Flp 1:2)

[1] Desde Mumbai a Mónaco y desde Los Angeles hasta Havre, Francia, los mendigos ejercen su oficio en las grandes metrópolis. Tirados en frente de las tiendas y restaurantes o haciendo guardia en las estaciones más concurridas, los pobres y los indigentes compiten unos con otros, jugando el papel de obtener algún regalo monetario de los transeúntes. En la ciudad de Nueva York hay casi cuatro mil (4.000) personas pidiendo limosna. Números comparables andan por las calles de Londres, Lisboa, y Río de Janeiro. El turista de hoy o el peregrino que llega a la Basílica de san Pedro en Roma, no puede entrar a la columnata de Bernini sin que se le acerque algún mendigo con adoloridos lamentos.

[2] Desde la aurora de la civilización, los mendigos han sido una clase visible en cada sociedad. El tiempo de Jesús no fue una excepción. El Nuevo Testamento menciona a un hombre ciego de nacimiento que mendigaba (Jn. 9:8); 2 mendigos ciegos en Jericó (Mt. 20: 29-34); y el paralítico que solía sentarse y pedía cerca a la puerta del Templo en Jerusalén (Hch. 3:10). El Nuevo Testamento identifica solo a 2 limosneros por nombre. En una de sus parábolas, Jesús habla acerca de “un pobre hombre llamado Lázaro...en la puerta (de un hombre rico)...ansiaba saciarse de lo que caía de la mesa del rico” (Lc. 16:19-31). Y, al final de su evangelio, san Marcos nos habla de Bartimeo, un mendigo ciego a la puerta de la ciudad de Jericó (Mc. 10:46-52).

[3] La pintoresca narración de la sanación de Bartimeo está llena de detalles. La sanación no precisamente ocurre solo en Jericó, sino en el preciso momento en que Jesús y sus discípulos salen de la ciudad camino a Jerusalén. El ciego está sentado a la orilla del camino. Se apresura para buscar la oportunidad de que Jesús pasaría por ahí. Clamando por ayuda, se rehúsa a ser silenciado por la muchedumbre. Sin un momento de vacilación, él arroja su manto y va donde Jesús para ser curado. Y una vez que recobra la vista, ansiosamente sigue a Jesús. Todos estos particulares detalles nos dan la certeza de que estamos leyendo una narración de un testimonio real.

[4] Con razón habían tantos mendigos en la entrada de Jericó. Con su floreciente oasis, era un resort favorito de los gobernantes y ricos en los tiempos de Jesús. Herodes el grande construyó su palacio de invierno allí. El camino que pasaba por Jericó era un estratégico cruce de caminos. Mercaderes, soldados y pere-

CARTA PASTORAL, CUARESMA 2017

grinos pasaron por Jericó de camino a Jerusalén. La ciudad rebosaba con mucha actividad. La entrada a la ciudad era el lugar perfecto para los mendigos situarse.

[5] De camino a Jerusalén para vivir la última semana de su vida, Jesús pasa por Jericó. Seguido por una entusiasmada muchedumbre mientras él sale de la ciudad, lo saluda un ejército de mendigos. San Marcos enfoca nuestra atención en Bartimeo, el ciego que grita, “¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!”. Solo aquí y en la resurrección de la hija de Jairo, san Marcos nos da el nombre de alguien al relatarnos un milagro. Al nombrar a Bartimeo, san Marcos nos da otro detalle que no podemos pasar por alto. Él nos da el nombre del padre del ciego.

[6] Comentando sobre el hecho de que san Marcos nos da el nombre del ciego y de su padre también, san Agustín concluye que “Bartimeo, el hijo de Timeo, había caído de estar en una posición de gran prosperidad y ahora se veía como un objeto de la más notable y más extraordinaria miseria, porque además de ser ciego, también tenía que sentarse a mendigar...” (Sobre el Consenso del evangelista, 2, 65, 125). Nombrar a ambos, al hombre ciego y a su padre indica que Bartimeo era un cristiano bien conocido dentro de la iglesia en Jerusalén. San Marcos desea utilizar la narrativa de su sanación como enseñanza para todos los discípulos.

[7] San Marcos hace para nosotros lo que Shakespeare hace para su audiencia. Como dice *Hamlet*, el dramaturgo y el evangelista sostienen “el espejo a la naturaleza, para mostrar virtud de su propio rasgo, desdenar su propia imagen y la edad misma y el cuerpo del tiempo, su forma y presión” (Hamlet, Acto 3, escena 2, 17-24). Para “el Bardo de Avon”, los espectadores al ver sus obras significaba verse ellos mismos, sus virtudes y sus vicios. De la misma manera, san Marcos el evangelista narra la sanación de Bartimeo de tal forma que nos veamos como discípulos cuyos ojos Jesús abre.

[8] San Marcos estratégicamente sitúa la sanación de 2 ciegos en su evangelio. Hacia la mitad de su evangelio, relata la primera sanación del ciego en Betsaida (Mc. 8:22-26). Inmediatamente después de que Jesús reprende a sus discípulos por su ceguera espiritual y su incapacidad de ver el significado oculto de sus palabras y obras, Jesús restaura la vista al ciego. Pero lo hace solo gradualmente.

[9] Primero, pone saliva en los ojos del hombre. Y el hombre comienza a ver, pero solo parcialmente. El hombre confunde hombres con árboles. Obviamente, anteriormente tenía la vista, pero la perdió. Luego, Jesús pone sus manos en los ojos del hombre una segunda vez y ora. La vista del ciego queda restaurada. Él ve claramente. En este milagro, Jesús no sana con su primer toque. La fe del hombre necesita fortalecerse antes de que Jesús lo sane completamente.

[10] Para san Marcos, esta sanación dramatiza la gradual apertura de los ojos de los discípulos de Jesús a su verdadera identidad. Así como con este ciego sin nombre, nosotros somos lentos a creer en Jesús sin dejar que tenga completo señorío sobre nuestras vidas y todos nuestros sentidos. Pero Jesús, no se da por vencido con nosotros. Aunque tengamos una fe mínima, él permanece con nosotros, trabajando con nosotros para llevarnos a la plenitud.

[11] Al final del evangelio, san Marcos nos relata una segunda sanación de un ciego. La primera sanación tiene lugar antes de que Jesús y sus discípulos salieran “de camino” (Mc. 8:27). Esta segunda sanación termina con Bartimeo recobrando la vista, siguiendo a Jesús “por el camino” (Mc. 10:52). Seguramente, san Marcos desea que nosotros leamos los 2 milagros juntos. Como los primeros discípulos de Jesús, hemos de caminar con el Señor “por el camino,” moviéndonos de la ceguera a la vista.

[12] Mientras Jesús sale de Jericó, una agitada muchedumbre lo empuja. Por primera vez, Jesús no escatima el entusiasmo de la multitud. Jesús con atención se encamina al ascenso de veinticuatro (24) kilómetros de Jericó a Jerusalén para la última Pascua de su vida. En tan solo unos días, experimentará su pasión, muerte y resurrección. Él sabe lo que le espera. Pero la muchedumbre no. Aclamándolo como el tan esperado Mesías que los liberaría del yugo de Roma, ahora escoltan cada uno de sus pasos con gritos de alaban-

CARTA PASTORAL, CUARESMA 2017

za. Este es el ensayo de la entrada triunfante de Jesús a Jerusalén. El Domingo de ramos, esa misma muchedumbre gritará, “Hosanna al Hijo de David”.

[13] Mientras que la multitud que acompaña a Jesús sale fuera de la puerta de la ciudad, el ciego escucha el bullicio y las aclamaciones. La vista de Bartimeo le falló pero su oído no. Él es ciego, pero no sordo. Tan pronto como se da cuenta de que Jesús está pasando, inmediatamente comienza a gritar, “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”. El verdadero deseo no puede esperar. Bartimeo había escuchado de Jesús. Él conoce muy bien su propia miseria y él cree que Jesús puede salvarlo. No deja pasar ningún momento. Él anhela la sanación y su sanador está ahí. ¿Por qué esperar?. Solo vacila la fe débil.

[14] La multitud rápidamente trata de callar este molesto mendigo. Pero él no está para ser disuadido. Después de todo, sobrevivía haciendo ruido y gritando. La multitud siempre está queriendo silenciar la voz de aquellos que se acercaban a Jesús. Hoy por hoy, la voz estridente del secularismo, del materialismo y hedonismo parecen ser más fuertes que las voces de aquellos que como Bartimeo, reconocen a Jesús como su salvador.

[15] Nuestra cultura secularizada fomenta la idea de que la fe es irracional y debe relegarse a una esfera privada. Aquellos que critican la religión, marcan los principios morales basándose en la ley natural como un fanatismo religioso. Pero la verdadera fe no puede aplastarse al silencio. Como creyentes, debemos levantar nuestras voces sobre la turba por la verdad que Jesús ofrece como el salvador que sana nuestras vidas quebrantadas.

[16] Bartimeo clama a Jesús no solo con sus labios sino con su corazón. Esto es una verdadera oración. Las palabras que salen como ruego no son en sí una verdadera oración. Mas bien deben venir de nuestro corazón para llegar al Señor que “busca el corazón” (Jr. 17:10). Él está listo para “colmar los deseos de tu corazón” (Sal. 37:4). De hecho, a veces el silencioso suspiro de nuestro corazón puede ser la oración más efectiva de todas.

[17] Aunque la muchedumbre lo censura, Bartimeo persiste en clamor por ayuda. Nadie puede detener al ciego de venir cara a cara con Jesús. Solo aquellos que buscan al Señor encuentran al Señor (Is. 55:6). Al escuchar los gritos de Bartimeo, Jesús detiene su marcha al Calvario y pide que traigan al ciego. La sincera súplica de un pobre mendigo traspasa las hosannas vacías de la muchedumbre.

[18] Por encima de la ovación de muchos, la angustia de uno solo llama la atención de Jesús. Ninguno de nosotros se puede perder en una multitud. Jesús mantiene su mirada completa sobre cada uno de nosotros. Galileo una vez dijo que “el sol, con todos esos planetas girando a su alrededor y dependiendo de él, puede aun madurar (una sola uva) en un racimo de uvas como si no tuviera nada más que hacer en el universo”. Así también el amor de Dios nos envuelve a cada uno de nosotros completamente. Cualquiera que sea nuestro estado o condición, el Señor siempre está atento a nuestra necesidad particular; su oído se inclina para escuchar nuestra súplica; su brazo está listo para levantarnos.

[19] La orden de Jesús, “¡llámenlo aquí!” convierte la multitud que detiene a Bartimeo de Jesús, a ser ahora los que acercan el ciego a Jesús. Para nosotros, los muchos que hoy le siguen, el Señor ordena el mismo mandato. Él nos pide que acerquemos a otros hacia Él con nuestras palabras, pero muy especialmente con nuestra manera de vivir. “Todos tienen el derecho de conocer a Jesucristo y su evangelio: y cristianos, todos los cristianos, sacerdotes, religiosos y fieles laicos, tienen un deber correspondiente a proclamar la Buena Nueva” (Papa Benedicto XVI, Homilía, 28 octubre 2012, Basílica de san Pedro, el Vaticano).

[20] Llamado por Jesús, Bartimeo salta de estar en su posición sentada, decisivamente arrojando a un lado el manto con el que recogía limosnas. Venir a Jesús es siempre una renunciación de una forma de vida pasada y un movimiento ascendente lleno de alegría. Aun antes de Bartimeo pedir ser sanado de su ceguera, sus acciones expresan su fe. En respuesta a esta fe, Jesús no solamente lo sana de su ceguera, sino que le dice que su fe lo ha salvado. Jesús desea sanar nuestros cuerpos y más importante aun, llevarnos a

CARTA PASTORAL, CUARESMA 2017

la salvación. La enfermedad y la salud son sus instrumentos para alistarnos para la vida eterna.

[21] La sanación de Bartimeo fue inmediata, y su entusiasmo ejemplar. “Él recibió inmediatamente la vista y lo siguió por el camino”. Él no simplemente se une a la multitud del camino a Jerusalén. Más bien Bartimeo, una vez iluminado, se hace verdadero discípulo que sigue a Jesús en el camino que lo lleva a la cruz. Este es el sendero del verdadero discipulado. Nuestro seguir a Jesús siempre incluye nuestro compartir en su muerte y resurrección.

[22] En el sacramento del Bautismo, somos sepultados con Cristo en su muerte y resucitamos con Él a una vida nueva. El Bautismo es el comienzo mismo de nuestra vida cristiana como discípulos. “Por el Bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios. . .” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1213). En el Bautismo, se abren nuestros ojos y recibimos la luz de la fe. Como dice San Justino, “Este baño es llamado iluminación, porque aquellos que lo reciben son iluminados en su entendimiento” (*Apología* 1, 61, 12).

[23] Sin embargo, aun para los bautizados, la ignorancia voluntaria, el orgullo y el pecado causan ceguera espiritual. “Podemos caminar por los desiertos de la humanidad sin ver lo que realmente hay allí; más bien vemos lo que queremos ver” (Papa Francisco, Homilía, 24 de octubre, 2015, Basílica de san Pedro, el Vaticano). Por esta razón, una vez iluminados por el don de la fe, necesitamos mantener nuestros ojos fijos en Jesús como el único salvador. Necesitamos a diario poner la voluntad de Dios delante de nuestros deseos, su verdad antes de nuestras opiniones y la alegría de su presencia ante los ilegales placeres de este mundo. Así, al seguir a Jesús, el Hijo de David, a lo largo del *Vía Crucis*, muriendo a sí mismo, nos levantamos a una nueva vida y entramos a la nueva y eterna Jerusalén. Como Bartimeo, siguiendo a Jesús por el camino, se nos salva.

*Dada en el Centro pastoral de la Diócesis de Paterson,
el Miércoles de ceniza, el primer día de marzo
en el año de nuestro Señor, dos mil diecisiete.*

+ Arthur J. Serratelli

*Monseñor Arthur J. Serratelli, S.T.D., S.S.L., D.D.
Obispo de Paterson*

Sr. Joan Daniel Healy, S.C.C.

*Sor Joan Daniel Healy, S.C.C.
Canciller*